

LA NACIÓN DE LOS SUEÑOS DIURNOS

Juan Mattio



"Enfrentar demonios es como intentar contener océanos. Porque un demonio es un agujero en la superficie de la realidad."

LA NACIÓN DE
LOS SUEÑOS
DIURNOS

La nación de los sueños diurnos

Mattio, Juan

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2026

480 p.; 21 x 14 cm.

(Efectos Colaterales, 20)

ISBN 978-987-8272-50-4

1. Literatura Contemporánea. 2. Narrativa Argentina. I.

Título.

CDD A860

© Juan Mattio, 2026

© Caja Negra Editora, 2026

Ilustración de tapa: LABia (Leo Balistrieri
y Martín Carpaneto)



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey / Sofía Stel

Coordinación: Candelaria Pera

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de interiores: Tomás Fadel / Consuelo Parga

Maquetación: Natalia Brega

Corrección: Sofía Stel y Juliana Martínez Dios

PARTE UNO

“Cuando realizas un corte en el presente,
el futuro se filtra.”
William Burroughs

EL MATADERO

Las columnas del matadero llevan adherida una interferencia oscura. Puedo escuchar el eco de heridas anímicas que la realidad, todavía, se resiste a dejar ingresar. Realidad. Una palabra que es, hace mucho, un cadáver. Pero, y a pesar de todo, sigue siendo la única forma que tenemos para nombrar este páramo en el que vivimos. Pienso que La Ley diría que son los dioses del caos anunciándose. Pienso que agregaría que estamos perdiendo el tiempo y que eso es imperdonable. No recuerdo cuándo fue la última aberración inmolada. Quimeras sí, se faenan todas las semanas. Los ganchos en los que cuelgan hasta desangrarse están ahí como testigos. También las manchas de sangre negra en el piso y el olor a muerte por todos lados. Pero una aberración es una falla crítica. Algo que yo debí impedir.

El cuerpo, ahora arrodillado sobre la tierra, tiene la textura de un maniquí. Es algo leve, como un brillo, que hace pensar que ahí donde debería haber carne hay, en cambio, algún material rígido. Nada más. Está de espaldas a mí y la cubre un manto amarillo, por momentos dorado. No puedo evitar sentirla frágil en su desnudez, aunque sé que no es cierto. Debajo de la apariencia de fragilidad sólo hay

veneno para nosotros. Las cuerdas están tensadas en direcciones opuestas. La sostienen. La aquietan ante la vista de las doce familias, porque hoy no falta nadie, ni siquiera los niños.¹ Los miro. Quieren parecer asqueados, pero el murmullo del matadero está cargado de miedo. Los dos hombres que van a sacrificarla se acercan despacio, exhibiendo las herramientas en sus manos, los pies descalzos, los pantalones arremangados hasta las rodillas. Se escuchan insultos. Ella tiembla pero no mira. Los hombres bajan al rectángulo de tierra por la escalera. Ahora respira. Es el ritmo de la respiración lo que permite saber cuándo va a mutar. Los hombres, ya próximos, le dicen algo. Es Osip el que le habla. No llego a oír qué. La aberración se agita y entonces pierde la forma de mujer. Primero se ve como un manojo de carne, y después como algún tipo de buey o toro pequeño cubierto de piel humana, y después como algo que camina sobre sus dos manos y no tiene piernas, y después como una montaña de telas apiladas, y después como una bestia más grande, algo hinchado y putrefacto y, sobre todo, peligroso. El principio de continuidad está roto, pienso, la figura oscila entre volúmenes diversos, se agranda y se achica, sin coherencia. Es el fin.

–Señor. Cor-cordero. Del, del, del mundo. Ati-ti-tiende. Te-te-ten-piedad.

El hilo de voz, algo como una mancha de sonido que se desintegra desde el interior de la aberración, pierde fuerza y se apaga. El lenguaje también está enfermo en ella. Cuando Medved levanta el martillo, un instinto me hace mirar hacia Iuri y Pavel, que no lloran ni gritan ni ruegan. Sólo hay asombro ante lo que su deseo, tal vez habría que decir su anhelo, hizo ingresar al mundo.

1. Ver árboles genealógicos de las 12 Familias del Desierto en página 469.

Medved está preparando eso, el cuerpo, lo que sea que esté sobre la mesa, para ser quemado. Lo miro trabajar con el cuchillo y la sierra y las pinzas. Transpira. Se mueve con reverencia ante lo que su inteligencia no tiene categorías para pensar. Miedo. Es el color de lo que podría ser considerado su piel, las transformaciones abruptas del color, lo que lo produce. Ahora azul, y más tarde gris, y después un amarillo verdoso. Lentas oleadas. Variaciones iridiscentes de algo que, a falta de mejores palabras, decidimos llamar aberración. Su materia hipersticional, aun muerta, y si es que las categorías de muerte y vida aplican a esto, sigue siendo peligrosa para nuestro mundo. Por eso hay que dejar que arda hasta la extinción. Los simulacros de carne, huesos, cartílagos, que ahora yacen desparramados sobre la tabla de madera, en unas horas se quemarán en el centro del madero frente a los ojos de quienes quieran ver cómo lo que nunca debió existir se reduce a polvo.

—Lo que me molesta, Juez, es el olor —Medved levanta la mirada envejecida y me mira—. Podría enloquecer si tuviera que hacerlo todos los días. Sólo por el olor.

Es cierto. El cadáver tiene el perfume con el que Pavel y Iuri la recordaban. Un olor que es mezcla de menta y jabón y atardecer en septiembre. Algo hermoso y violento que perdura y que no puede, de ningún modo, ser asociado a la descomposición ni a la muerte. El terror no está sólo en el cambio, pienso ahora, sino en el vértigo ontológico que se produce cuando conviven permanencias y variaciones. El abismo de incongruencias al que nos empuja cualquier hrön.

—Tengo que salir pronto.

—¿Qué va a pasar con ellos?

—Lo vamos a resolver cuando vuelva. Ahora tengo...

—Pavel no cumplió los seis ciclos.

La voz de Medved es firme pero sé que guarda inquietud, que se tiñe sobre todo de asco ante la sola idea de perder a los niños. Porque, aunque no son *sus* niños, aunque no son, ahora mismo, de nadie, la idea de que dos existencias de primer grado, dos singularidades, tengan que agotarse por un error es, sin duda, un pequeño infierno mental para él.

—Necesito llevarme...

Medved arranca, de un solo golpe, un trozo del brazo. Me lo extiende. Ya su mirada vuelve a estar perdida en los confines de la aberración y sé que no diré nada más y que es mejor de este modo. Envuelvo el pedazo de materia hipers-ticional en papel y salgo.

El olor inmundado del corral me rodea. Serán tres días a caballo hasta llegar a ella. Tres días completos enfrentando la mente del desierto que es como decir, si se quiere, la mente de un demonio geológico, una criatura hambrienta de cronologías y acontecimientos. Sé lo que me espera. Y, sin embargo, temo. Algo oscuro me trepa por la espalda. Nómades. Viudas. Espacios aberrados. La danza primordial de la soledad y sus catástrofes. El desierto mutila el pensamiento, abre zonas discontinuas, enloquece. No hay garantías allá afuera. Ni siquiera para mí.

Le acaricio el lomo para tranquilizarlo. Es uno de los seis que nos quedan. Una existencia de tercer grado, donde el peso y la temperatura ya están en crisis pero que conserva volumen, proporción y funcionamiento orgánico.

Alguien, pienso, perdió este caballo en el pasado. Lo perdió en una situación desesperada y deseó reencontrarlo y entonces produjo el primer hrön. Un simulacro muy preciso, tan próximo al original que en la Vieja Realidad habría sido casi imposible de distinguir. Por eso se expandieron. Las existencias de segundo grado fueron el virus que hizo colapsar las ciudades. Pero después hubo otra pérdida y otra restitución. Queda una criatura al borde de la incoherencia. Un grado más y sería inutilizable, habría que sacrificarlo y extinguirlo.

–Dicen que eso no era mi mamá.

–Y no lo era. Alina está muerta. Ustedes la vieron entrar a la tierra –respondo.

El gesto de Iuri es borroso, como si fueran dos gestos simultáneos y contradictorios. La vista en el piso. Yo sigo preparando al animal. Rápido. No puedo retrasarme y tampoco tengo las respuestas que él está buscando.

–Dicen que nos van a castigar por haberla traído.

–La Ley –respondo–, ella es la que va a decidir. No importa lo que diga nadie más.

Me monto y salgo del corral sin voltear.

LA CAUTIVA

El ruido la despierta. Reconoce el trote de un caballo y sabe, apenas escucharlo, que está lejos y que no va a acercarse. La forma del sonido arma figuras tridimensionales en su mente, como si una ciudad entera de ecos se desplegara para indicarle de dónde vienen y hacia dónde van los movimientos. Está a salvo pero ya no va a dormir. Aprieta la cabeza de la bebé contra el pecho. Siente, aunque no ve, las mutaciones en el cuerpo de la criatura. Ahora blando. Ahora metálico. Ahora fibroso. La aprieta más para evitar el llanto que para darle de comer. No quiere que las incongruencias afecten el volumen. Eso es lo más difícil. Pero sabe que no tiene leche. Está seca. Necesita alimento y, sobre todo, hidratarse. En esa tumba negra en la que vive, en ese páramo de ceniza donde se esconde, ya no hay nada que pueda llevarse a la boca sin peligro. El verano parece interminable y las rondas la cansan cada día más. El embarazo la vuelve lenta, pesada. Otras viudas y otros nómades llegan antes, siempre antes, y se quedan con lo poco que hay. Las formaciones rocosas, fijas, casi muertas de día, se reconfiguran por la noche y hacen del desierto una entidad intratable. Cuando siente que el tiempo ocurrió, que ya no hay peligro, sale. Así es ahora.

Se acostumbró a sentir el tiempo, la realización del tiempo, como antes podía sentir el contacto de la ropa sobre su piel o el sonido de las voces a su alrededor. En dos o tres noches va a parir. También eso puede saber sin que nadie se lo diga. Otra niña, otra boca que alimentar, más rondas inútiles, más y más pesada la condena. El resplandor, la claridad, lo que sea, le daña los ojos.

Tirada, vencida en el piso. Y junto a ella, la niña que ya no llora, está agotada, y aprende a consolarse con el pecho seco de la madre. Muta la criatura, despacio por el cansancio, en algo como un huevo que en vez de cáscara se cubre de piel, con el aspecto de un músculo fibroso, un solo orificio rosado donde estaba la boca, y la zona de la cabeza que se expande y se contrae con la respiración, cambiando de color entre violeta y negro, entre rojo y un amarillo bilioso. Llegaron a la orilla del Limay, a un embalse que no pudo reconocer, que no sabe si es geológico o una visión de irrealidad. Ahora, las breves olas tocan los pies de la mujer y retroceden, tímidas, delicadas. Había escuchado que el hrön de agua es el más peligroso de generar. Los subsistemas que la componen no pueden ser sintetizados por el deseo, simplemente se atrofian y el resultado es una masa líquida demasiado inestable. Sin embargo, frente a la imagen ostentosa del agua negra, algo como una tinta, se deja arrastrar por la sed. Bebe. Da de beber a la niña. Siente las incongruencias crecer en su cuerpo. Las visiones se multiplican. Se ve a sí misma. La noticia del embarazo, la sonrisa de él, Arik, la lenta felicidad de hacerse a la idea de ser madre. Incluso en ese mundo roto. Duró poco. Lo perdió en la tercera semana. Un desconsuelo mudo, sin

lágrimas. Volvieron a intentar. Las mujeres de la comunidad le advirtieron, pero ellos volvieron a intentar. Llegó el segundo embarazo: es materia hipersticional, dijo La Ley. No es un embrión, es un hrön. Pero si fui fecundada, si él, él y yo. Estás gestando una aberración, dijo, hay que extinguirlo. Y ahora las visiones del dolor, del cuerpo reteniendo, aferrado, la criatura. Las pinzas, el delantal manchado de la vieja Emma, las voces multiplicando el murmullo. Más tarde, la hoguera. Ver el fuego llevarse la carne y los pequeños huesos de eso que ella iba a llamar hija. Irse, sin nada, al desierto. Con Arik. Sola. De una u otra manera. Sería sola. Desear la niña. Traerla de nuevo. Hacerla aparecer en su cuerpo y, nueve meses después, verla entrar al mundo. Una existencia de segundo grado. A pesar del hambre y la sed y la soledad. Sobrevivir. Y cuando los días empezaban a volverse menos hostiles, el tercer embarazo. No esperaba que su anhelo fuera tan fuerte. Un deseo capaz de traer al mundo, una y otra vez, a la hija que no tuvo, que perdió. La misma hija multiplicada. No será su hermana. Será ella misma, un nivel más irreal, más aberrada. ¿Qué va a pasar cuando se miren a los ojos? ¿Cómo será vivir con dos niñas idénticas, apenas reconocibles por la edad, como clones o gemelas malformadas, pero hechas de su deseo incesante? Teme nuevos embarazos. Teme llegar a niveles de aberración tan inestables y tan deformes que tenga que sacrificarlos. Multiplicaciones. Se teme a sí misma en ese abismo que es su desesperación. Su deseo desesperado. Y ahora, cuando el agua negra toca muy despacio sus pies desnudos sobre el ripio y la criatura se aferra a su pecho, ella sueña y en el sueño encuentra la danza macabra de los significantes, saturados de sentido, monstruosos: lo que bebe, lo que ve, la bebé, la deseé.

ACCESS DENIED

4:52 El aeropuerto de Ezeiza está frío y vacío como una morgue. Pasillos apilados, iguales, quietos. Una patrulla de dos policías aeroportuarios y un pastor belga adiestrado caminan entre las simetrías de la nada. El animal está nervioso, el agente tiene que mantener firme la correa para retenerlo. Le habla, como si en su voz estuviera la confianza que el perro necesita. Los departamentos de cinotecnia son laboratorios también para los humanos. Los agentes se encariñan, construyen un lazo con los animales, los convierten en pares. Al mismo tiempo que los adiestran para lanzarse contra un niño de diez años en una manifestación o contra una inmigrante ilegal en la frontera, el animal se vuelve una pieza clave en la vida afectiva de su entrenador. Y ahora los nervios, la inquietud, emergen del cuerpo del animal e ingresan a la percepción del agente, lo desestabilizan porque no los entiende. No hay nadie, dice. Estamos solos. Pero el animal gruñe y huele y mantiene las orejas alertas.

5:21 El oficial de migración está tenso, sabe que no es un pasajero cualquiera, que tiene que ser exhaustivo y, al mismo tiempo, no ofenderlo. La valija diplomática descansa

debajo de la mesa. Pero él leyó los manuales y es capaz de despachar más de trescientas personas por turno. Conoce los formularios, los protocolos, las reglas no escritas de la cordialidad social. Hace un mes, desde que se decretó el cierre de fronteras, el aeropuerto no recibe pasajeros. Sólo excepciones. Como esta. Revisa una vez más el pasaporte. Stephen Breen, ciudadano irlandés, radicado en Venice, estado de California, 41 años. Piensa en el número, en sus propiedades, es un primo pitagórico, suma de cuadrados perfectos: $402 + 92 = 412$, también primo de Enseinstein porque sus únicos divisores son asociados o las unidades de anillos de. ¿Va a devolverle el pasaporte? Sí, claro, disculpe. Razón de ingreso. Confidencial. Espera que la embajada haya hecho los arreglos necesarios. El oficial mueve la pierna izquierda bajo el escritorio. No se da cuenta, pero ese movimiento repetitivo lo ayuda a sostenerse en la escena. ¿Ocupación? Análisis de computación no convencional. El oficial sonrío de forma automática. Ese hombre le cae bien. Sabe que no debería tener ninguna inclinación, ni favorable ni de rechazo, actitud neutra, dice el manual. Pero se siente cómodo con alguien que, supone, podría hablar en su misma lengua abstracta. ¿Tiempo de permanencia en el país? No lo puede precisar. No todavía, dice en un acento que al oficial de migración le suena british. Aunque espera volver a casa pronto.

6:12 La Toyota 4Runner de la embajada contiene dos figuras. Una, el chofer, baja pronto a buscar la valija y hace un gesto de aprobación que también puede interpretarse como un saludo. La otra, en el asiento trasero, está fumando con la ventanilla cerrada. El chofer abre la puerta y deja salir las volutas de humo y el olor a tabaco quemándose y el perfume

cítrico que el agregado militar no olvidó rociar en su cuello antes de la salida de emergencia. Estira la mano. Se presenta. Llama la atención su palidez. Hace pensar que su piel no ha estado en contacto con el sol desde hace mucho tiempo. Niveles bajos de vitamina D. Esa blancura resplandece en la oscuridad de la Toyota y remarca el verde de sus ojos casi hasta la fluorescencia. Estamos apurados, dice. Este auto nos va a llevar a Isidoro Laprida, sin tiempo para escalas. Son órdenes. La tercera figura asiente y sube.

6:52 A pesar de todo, le permiten comprar un café en una estación de servicio que está de camino. Ve las primeras luces del día desde el shop, piensa en el calor, en los amaneceres de Venice, en ella. Después, torpe, se mete de nuevo en el auto. Tres gotas gruesas manchan las hojas del informe epidemiológico. Le duele la cabeza, no sabe si es por el jet lag o porque rechazó la comida en el avión y ahora tiene hambre. No importa, se dice. Y mientras fuma el anteúltimo Marlboro del paquete, mira su copia impresa y se pregunta cuántas otras. Hace cálculos. Asume que no más de cinco. La primera, piensa, en digital, hecha por algún secretario en una oficina de Washington, encriptada y sin permiso para replicarse. Otra, es seguro, llegó a William. Sigue leyendo. En el inicio hubo sólo dos médicos involucrados. La voz del agregado militar lo interrumpe. Su tono es indiferente. Repite, al parecer, lo que le dijeron. El que recibió los primeros pacientes en la guardia y el que realizó las biopsias. Los otros no son importantes. Se miran. Todos importan, contradice Stephen. Cualquier detalle puede ser relevante. Necesitamos entrevistar del primero al último. Enfermeras, personal auxiliar, también al doctor Bilbao. ¿Quién? El doctor Bilbao, la consulta telefónica que hizo el doctor Curtis

cuando llegó el tercer caso. Van a tener que localizarlo porque no estaba en las listas. Puede llevar unos días. Pensé que estábamos apurados, dice. El otro lo mira sin sonreír. Odio que esté acá, que tenga que hacerse cargo de mí, involucrarse en todo esto. Pregunta: ¿quién redactó el informe sobre la composición de los tumores? Rubinstein, el patólogo, responde el agregado. Con él quiero hablar primero.

7:46 Las imágenes de la ruta lo hacen pensar en la I-40 que atraviesa el desierto rojo de Arizona. Cuando era estudiante le gustaba pasar las vacaciones de verano recorriendo lugares sin plan previo, sólo guiado por el capricho y la intuición. Llega a su mente la imagen de un zorro muerto en la banquina. Había detenido el auto y lo había contemplado un buen rato. En Japón esto sería signo de catástrofe. Mal augurio. Había sacado dos fotos que todavía debían estar alojadas en algún lugar de la nube. Nunca las había mirado ni se las había mostrado a nadie. Una epifanía perdida en los confines del almacenamiento virtual. Devuelve ahora la atención a los documentos confidenciales. Trata de establecer relaciones que no estén previstas. Se pregunta cuántos lectores lo intentaron antes y se dice que no muchos, al menos no que fueran lo suficientemente competentes. Alguien en la Junta, seguro. Además de William: *perturbaciones temporales y patrones en espiral*, había dicho en su último correo. Sin sustento, piensa. William vive atrapado en su propia celda paranoica. El hombre de la embajada va ocupado con videollamadas, una tras otra, todas intrascendentes. Rutina diplomática. Quiere mostrarme que es alguien ocupado. Cuando llegan al pueblo ve los ranchos empobrecidos, un niño boquiabierto y otro que saluda con su pequeña mano el paso de la Toyota negra. La sensación de distancia crece.

El hospital es apenas más grande que una estancia pero, a su alrededor, se extienden decenas de carpas sanitarias. “Dr. Ramos Mejía”, lee en el cartel de entrada. Baja último, ordenando los papeles, trazando un plan mental de prioridades.

LA LEY

Mi nombre es Ley y soy una memoria que se despliega sobre el cuerpo árido de los significados. Mi tarea es recordar lo que sabemos o creemos saber de la materia hispersticio-nal. Estoy a cargo de doce comunidades y de doce jueces psíquicos que son nuestra única defensa contra los anhe-los generativos, contra los portales que se abren a fuerza de deseo o de temor, y permiten la intrusión en nuestro mundo de objetos perdidos, animales muertos, personas ausentes, irrealidad. Vivo sola, una eremita, recluida en estas grietas donde nada parecido al tiempo tiene lugar. Y desde acá pienso en las fallas críticas, en los vacíos, en la dinámica del glitch que desestabilizó el sistema y nos expulsó del Jardín. Vivo sola aunque de vez en cuando ustedes me envían a un portador de signos para que lo entrene y sea Juez en una de las comunidades. Cumplidos los cuarenta días en el desierto, vuelven a su lugar para presetear las cadenas de obstrucción. Pero un día llegará el que me reemplace. Y ese no volverá. Se quedará conmigo hasta mi muerte. Entre ese tiempo y mi tiempo no hay nada. Imágenes corrompidas. Contingencias. Eventos imperfectos. Como Ley sólo puedo deambular en los pasillos de esta caverna que es, también, una prisión

geológica. Y acá, conmigo, el único espejo que tenemos permitido. Porque la imagen de La Ley es la única que se puede duplicar sin cometer un crimen.

Sé que podés escucharme, Arkady. Hablo para sostener tus pensamientos. Hablo para acallar las voces de la aberración. Hablo como quien reza, como quien murmura una oración negra, como quien blasfema. Hablo y mi palabra te guía. Las cantidades intensivas de eso que traés a mí saturan el tejido. No quiero que le temas, quiero que aprendas a bloquearlo con las fuerzas inerciales que te fueron dadas. Para lo que te entrené. Porque una aberración se alimenta de obsesiones, de restos espirituales, de sensibilidades mutiladas. Su diagrama interior está conectado, de un modo que nos es inexplicable, con los niños, con lo que Iuri y Pavel guardan en su memoria, eso mismo que ahora está en tu morral, que gotea un líquido espeso que podríamos confundir con sangre, que cambia de color y de temperatura en ciclos incoherentes, que está vivo y muerto, y que fue arrancado de una región mental que debió permanecer cerrada sobre sí misma. Esa anomalía debe ser ignorada, encapsulada en el olvido. Y para eso, tus fuerzas inerciales tienen que interrumpir el flujo que las une a la mente quebrada de esos niños.

Los subestimaste, Juez. Ese fue el error. Ahora el desierto te trae hasta mí mientras pensás en qué deberías decirme, en cómo explicarme la falla crítica que permitió a la aberración entrar a nuestro mundo. Las cadenas de obstrucción

que debías componer se volvieron vulnerables a intrusiones, y los demonios mentales empiezan a deambular por la comunidad. Yo te escucho. El desierto te escucha. Y él conoce todos los grados de existencia desde lo real hasta su negación. Todos. Que son matemáticamente infinitos. También puede percibir esa materia no-viva sobre la que te montaste, la existencia de tercer grado, su desidentificación, cada uno de sus momentos, cada cual radicalmente autónomo del anterior. No es un caballo. Son miles, distintos, que se suceden y se multiplican, instante a instante, y que tu inteligencia se esfuerza por pensar como un único evento sucesivo. El principio de continuidad no está en *eso*. Es tu esfuerzo el que lo produce. Un esfuerzo, hecho de un terror acaso bíblico, que recibe, para nosotros, el nombre de cordura. Hasta que la incoherencia estalle y ya no resistas y la realidad ilógica te devore. Por eso el desierto te trae a mí y no sos vos el que está viajando. Su mente deslocalizada te protege de las discrepancias. Lo hace por mi pedido. Sutura las incongruencias por mi gracia.

Vas a traerlo a mí. Vas a dejar esa materia agusanada sobre mi mesa. Me vas a ver morder y masticar como una salvaje. Porque sólo conociendo su sabor, su textura, su olor y su resistencia, vamos a saber a qué nos enfrentamos, a cuántos grados está del ente original ese hrön y qué tanto daño puede hacer a la superficie de nuestro mundo. Las cantidades intensivas de la copia, al acumularse, curvan el tejido de lo real. Ese es el tipo de materia delirante que nos amenaza, una materia deforme capaz de reproducirse anorgánicamente, un tejido de entidades inconscientes y ensoñaciones

y terrores nocturnos. Hilos. Una madre muerta, dos niños que la extrañan y, con su anhelo, la hacen ingresar a nuestro mundo. Esa es tu idea. Pero estás equivocado. Una vez más, tus pensamientos pretenden ordenar un mundo que no comprenden. No la extrañaban, le temían. Lo que esa madre hizo con sus hijos. Eso que no quisiste, que te negaste a imaginar, fue el origen del horror que la trajo de nuevo. El miedo es una forma intensificada del anhelo. Es más fuerte y más durable. Una cantidad intensiva lo suficientemente pesada como para desestabilizar cualquier membrana. Por eso los subestimaste, porque pensaste que dos niños que extrañaban a su madre muerta no iban a poder descomponer la red. Tenías razón. En eso, tenías razón. Pero enfrentabas otra cosa: dos niños paralizados ante el miedo a que su madre volviera. Y por eso volvió.



Heredamos un desierto. Capas y capas de tiempo no-humano que se despliegan ante nosotros con violenta indiferencia. Nuestro hogar nos odia. Nos aloja y nos odia. Nos alejamos de las ciudades para escapar de los objetos, de los deseos que anidan en los objetos, para minimizar las tentaciones del mundo material, y nos recluimos acá. Hace cien ciclos empezó a morir la Vieja Realidad. Y hace cien ciclos que invertimos la frontera. Ahora habitamos lo que antes pensábamos como el afuera. El Gran Afuera. Huimos al desierto porque lo imaginábamos vacío. Nos esperaban eras de polvo y piedra y silencio. La forma del desierto es la forma del tiempo. Acá nada deja de suceder. Nada termina. Nada empieza. Las ciudades eran infiernos, saturadas de imágenes y existencias. Las entidades disolventes se multiplicaban.

De habernos quedado, habríamos sido esclavos del caos. Lo habría gobernado todo. La civilización multiplica los anhelos, los anhelos forman hrönir, y así se perfora la membrana, diseminando las réplicas. Acá, en cambio, en la barbarie, nuestra guerra fundamental es contra la incoherencia. La estructura del desierto es una memoria geológica que emite su señal oscura tratando de alcanzar nuestra percepción. Aislamiento, alienación, ansiedad. Efervescencias de una vida a la intemperie. Así nos obliga, con su murmullo, a inocular en el mundo nuestros temores. Nos fuerza a mirar de frente la incongruencia. Nos habla en la lengua de la irrazón.

Vas a tener que extinguir a esos niños. Su temor está localizado en una zona mental que no se puede reconfigurar. Es estructural. Van a temer y temer. Toda su vida. No conocerán otra cosa que no sea el miedo. Y, por eso mismo, la van a convocar una y otra y otra vez. Esa aberración que extinguieron en el matadero es sólo una de muchas copias. De noche, la madre es lo último en que piensan. De día, lo primero que se presenta en su conciencia. La mataron para negarla y ahora ella, en ellos, ella en ellos, no puede dejar de volver e insistir. Una idea circular en una larga noche de insomnio. Repiten el proceso sin descanso. Iteraciones anímicas: el objeto temido que se convierte en un loop del cual no saben salir porque toda salida aparente es una puerta de reingreso. Tu responsabilidad es conjurar ese espectro y la única manera es obturar el origen. Los niños.

ÍNDICE

PARTE UNO

- | | |
|----|---------------------------------------|
| 13 | El matadero |
| 18 | La cautiva |
| 21 | Access denied |
| 26 | La Ley |
| 31 | Anexo A56 de Historias Clínicas |
| 38 | Several error |
| 45 | Anexo B2 de Reconstrucción del Inicio |

PARTE DOS

- | | |
|----|---|
| 53 | Error 508 loop detected |
| 57 | No-REM fase 1 — Adormecimiento |
| 63 | Trastorno de pesadillas (F51) |
| 70 | Anexo A56 de Historias Clínicas (extensión) |
| 73 | Trastorno neurológico funcional (F44.5) |
| 77 | Ignacio Miller |
| 84 | Toldería |

PARTE TRES

- | | |
|-----|----------------------------------|
| 91 | La habitación |
| 96 | Access denied |
| 103 | Anexo 104 de Expediente Judicial |
| 107 | Tejedoras |
| 111 | Several error |
| 122 | Cuaderno n° 2 |
| 126 | Diana Hans |

PARTE CUATRO

- 137 Anexo B5 de Reconstrucción del Inicio
- 141 No-REM fase 2 – Sueño liviano
- 144 Excursión
- 152 Cuaderno n° 1
- 156 Error 409 conflict
- 162 Ex. 1:10
- 168 You're not here

PARTE CINCO

- 173 Catatonia (FO6.1)
- 180 Several error
- 188 La ida
- 191 Espacio latente
- 196 Access denied
- 202 Arcano X
- 206 TND (F91)

PARTE SEIS

- 217 Access denied
- 222 Anexo D1 de Análisis de Xenomateria
- 227 Ex. 4:15
- 233 Arcano XVI
- 240 No-REM fase 3 – Sueño profundo
- 246 La Ley
- 250 Espejos

PARTE SIETE

- 255 Arcano VIII (invertido)
- 261 Cuaderno n° 7
- 265 Amnesia disociativa (F44.0)
- 271 REM – Rapid Eye Movement
- 276 Access denied
- 282 Gualicho
- 289 Digital demon

PARTE OCHO

- 295 Access denied
- 300 Arcano I
- 304 Anexo G3 de Relevamiento de Objetos Duplicados
- 310 Ex. 32:14
- 312 Several error
- 319 TPE con experiencias inusuales (F.21)
- 329 TDL (F80)

PARTE NUEVE

- 337 TDC (F45.22)
- 345 Vudú connection
- 350 Arcano IX
- 354 Cuaderno n° 4
- 358 Ex. 17:1
- 367 Error 512 not updated
- 377 Refalosa

PARTE DIEZ

- 385 TEPT (F43.10)
- 392 Error 403 forbidden
- 403 Cuaderno n° 3
- 407 La vuelta
- 410 Arcano XV
- 417 Several error
- 426 Anexo F1 de Sintomatología de Enfermedades de Transmisión Sexual

PARTE ONCE

- 433 La Ley
- 436 Yamila Svart
- 444 Ex. 40:1
- 448 Anexo G9 de Relevamiento de Objetos Duplicados
- 455 Several error
- 460 Error 404 not found
- 463 El malón

- 469 Comunidad del Desierto. Las 12 familias
- 471 Agradecimientos